

Entre lenguas extranjeras: entre el hábito y la sospecha

Fabiola Fernández Adechedera¹

Resumen: a partir del análisis de una muestra poética y ensayística de Fabio Morábito (1995-), proponemos una reflexión sobre la figura del escritor que escribe en una lengua extranjera, utilizada, además, como herramienta para la reconstrucción de su memoria personal. Sus dislocaciones geográficas (Egipto, Italia, México) y lingüísticas (el árabe, el italiano y el español) nos permiten situarlo dentro del ámbito de escritor extraterritorial, de acuerdo con la teoría propuesta por George Steiner, y, de esa forma, desarrollar una lectura que evidencia las problemáticas que, por su condición de extranjería, se presentan y que, a su vez, posibilitan su propio proceso de escritura.

Palabras clave: lengua *extranjera*, lengua *materna*, identidad, desarraigo, escritura.

Abstract: based on analyzing samples of poetry and essays by Fabio Morábito (1955-), we propose a reflection about the author's figure who writes in a foreign language, that is besides used as a tool to gather all the personal memories. His various geographic dislocations (Egypt, Italy and Mexico) as well as linguistic ones (Arab, Italian and Spanish) enables us to approach him and his work from the condition of extraterritoriality, according to George Steiner's theory. Therefore, we suggest a reading that brings to light the conflicts arisen from the feeling of being a foreigner but that makes possible the writing process itself nevertheless.

Keywords: *foreign language, mother tongue, identity, rootlessness, writing*

Ser bilingüe es hablar sabiendo que lo que se dice

¹ Licenciada en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela. Estudiante de la Maestría de Literaturas Españolas e Hispano-americanas, en la Universidad de São Paulo. Contacto: fadechedera@gmail.com

*está siempre siendo dicho en otro lado,
en muchos lados.*
Sylvia Molloy

Nacido en Alejandría, Egipto, en el seno de una familia italiana. Al poco tiempo, un viaje de regreso a Milán: la infancia y la adolescencia en el suelo *materno*. A los 14 años, otro viaje familiar: México y hasta hoy la lengua de la escritura, el español. Relato de viajes y de lenguas del escritor Fabio Morábito (1955-), poeta, narrador y ensayista. Extranjero, expatriado, extraviado, cabe decir, extraterritorializado. Externo a la patria, a la lengua, al origen: el nómada, el deshabituado. Buena parte de su producción literaria, la poesía y algunos de sus ensayos y crónicas, evidencia este “[...] combate / de lenguas y de orígenes” (LB: 9)², en el seno del cual se produce su escritura y que, por consiguiente, se torna también claro objeto de sus reflexiones.

La inquietud que nos conduce se revela en el hecho de encontrar en Morábito la figura del escritor que escribe en una lengua extranjera, la que además utiliza como herramienta para hablar de sí. En este sentido, es importante resaltar que parte de nuestra propuesta de lectura se fundamenta en la consideración de la obra de este autor dentro del ámbito de las literaturas con marcas autobiográficas. Propuesta que se nutre con reflexiones presentes en algunos de sus textos de índole ensayística y periodística, acerca de su propia condición y de su proceso de escritura, las cuales nos permiten una lectura dialógica con sus textos poéticos, a la vez que iluminadora, y nos conducen a través de sus tránsitos lingüísticos y espaciales que parecen encontrar en la casa de la escritura un cierto lugar de asentamiento.

Partimos del ensayo “El escritor en busca de una lengua” (1993), el cual inicia con un comentario del autor en relación a las reiteradas veces que ha tenido que contestar a la pregunta acerca de lo que significa escribir en español, que no es su lengua *materna* y que además aprendió durante su adolescencia. Dice haber dado múltiples respuestas, pero que esta vez contesta con algo distinto, “algo que nunca he dicho: inseguridad por un lado y alivio por otro” (MORÁBITO, 1993: 22). Tal respuesta nos lleva a suponer un estado de escritura que subsiste gracias a la tensión entre la incomodidad y, al mismo tiempo, la levedad que su condición de extranjero le proporciona. Por tanto, nuestro objetivo será pensar sobre estas “sensaciones” y entender cómo operan en la configuración de la lengua literaria, en donde, nos dice en sus poemas, “[...] encuentro al fin mi lengua desértica de nómada / mi suelo verdadero” (LB: 14).

² A lo largo de este trabajo voy a usar las siguientes siglas: LB: *Lotes baldíos* (1984); DLTA: *De lunes todo el año* (1992) y ADL: *Alguien de Lava* (2003), para referirme a los tres poemarios propuestos reunidos todos en la antología titulada *La ola que regresa* (2006).

Sólo los extranjeros aprenden una lengua

Charles Melman afirma que *“saber uma língua é muito diferente de conhecê-la”* (MELMAN, 1992: 15), lo cual nos permite distinguir dos niveles diferentes de relación con ésta. En la primera, podríamos identificar la posición del hablante “nativo” y, en la otra, la del hablante “extranjero”. Los extranjeros sólo pueden conocer otro idioma, “manosearlo” y aprehenderlo utilizando diversos mecanismos, pero, y de acuerdo con Morábito, nunca podrán realmente saberlo, ya que “la lengua materna se inhala o se absorbe junto con el alimento y los gestos de los padres” (MORÁBITO, 1993: 22). La adquisición de esa lengua llamada “materna” implica un proceso de asimilación y uso que parece ocurrir de forma automática y natural, sin aparentes esfuerzos, como si fuese la lengua quien se apropia del sujeto y no al contrario, es decir: *“saber uma língua quer dizer ser falado por ela”* (MELMAN, 1992: 15). En este punto radicaría la primera cuestión con la que el hablante de la lengua *otra* se encuentra; nunca podrá poseerla del todo o, más claramente, éste nunca será poseído por ella y, en consecuencia, siempre quedará al margen de la carga identitaria que ésta porta y representa.

En diversos momentos de la poesía de Morábito nos encontramos con un “YO” lírico que declara: “Un día mi padre dijo / nos vamos, y tú eras / la meta: otra lengua” (LB: 23); “me acostumbré a la altura / y no escribo en mi lengua” (LB: 13); “Yo que no tengo oficio / excepto traducir, que más que un oficio es una astucia” (DLTA: 75). Claramente vemos un “YO” que se posiciona como hablante de una lengua extranjera, como un “astuto” decodificador de códigos. Esto es: la traducción que implica el proceso de traslación de ideas y realidades de una lengua a otra. Lo que George Steiner define como el tránsito de “[...] un mensaje proveniente de una lengua-fuente que pasa a través de una lengua-receptora, luego de haber sufrido un proceso de transformación [...]” (STEINER, 1988: 44), con el único fin de permitir la comunicación y apelar al común entendimiento. Entonces, tendríamos al hablante extranjero como un sujeto que instrumentaliza la lengua para comunicarse e insertarse dentro del contexto que se lo demanda. A este respecto, y en el ya mencionado ensayo, Morábito dice:

Precisamente el vago rechazo que probamos al oír nuestro idioma estropeado por un acento foráneo es el rechazo a la traducción que se adivina detrás de la pronunciación imperfecta, traducción que implica reducir la palabra de nuestro idioma a una función exclusivamente comunicativa, a un uso puramente instrumental [...] (MORÁBITO, 1993: 22).

De allí, entonces, la incomodidad que puede representar cotidianamente “el habla” del extranjero, lo cual podría, incluso, llegar a constituirse como una ofensa, un cierto agravio hacia los *otros*, para quienes su lengua *madre* es mucho más que un instrumento, ya que “es una contraseña y un vínculo que [los] constituye como unos hombres concretos e inconfundibles” (MORÁBITO, 1993: 22).

En este aspecto, nos parece pertinente establecer la conexión con Vilém Flusser, otro escritor signado por una fuerte experiencia de dislocación geográfica y lingüística, para quien también la lengua opera como un valor fundante de la identidad, del sentido de patria y de pertenencia que el extranjero no tiene y que nunca tendrá. Sostiene el autor, en *Língua e realidade* (1963), que cada lengua tiene una personalidad que le es propia, lo cual le proporciona al intelecto “*um clima específico de realidade*”, por lo que el paso de una lengua otra dejaría al descubierto la relatividad de esa realidad y, por consiguiente, de esos valores identitarios que aquellas representarían. En otras palabras, cada sujeto mantiene una relación personal y definitiva con su lengua, marcada por un sentido de exclusividad y de diferenciación. Aceptar que el *otro* la hable “correctamente”, sería reconocer que ese *otro* también podría acceder a aquella esencia indefinible con la que *mi* lengua me arropa y me hace parte de un determinado universo, de una determinada forma de experimentar y conocer el mundo. Es por eso que el hablante extranjero se torna blanco de recelo y de sospecha, porque, continua Flusser, “[...] *Aquele que não fala a “língua da gente”, ou fala mais de uma língua, é suspeito. Com razão, pois perdeu o fundamento firme da realidade, que é justamente “a língua da gente”* (FLUSSER, 1993: 48).

El ser objeto de ciertas reprobaciones coloca al extranjero en una relación sigilosa y esforzada con la lengua. Nos dice el poeta: “Puesto que escribo en una lengua / que aprendí, / tengo que despertar cuando los otros duermen. [...] / Escribo antes que amanezca, / cuando soy el único despierto / y puedo equivocarme en la lengua que aprendí” (ADL: 130). Esta imagen del escritor que madruga para conseguir adelantarse a los otros, para alcanzar las palabras a las cuales llegó tarde, además de hermosa, revela el esfuerzo que implica para aquel que escribe y habla en la lengua extranjera, su conquista cotidiana.

Podríamos decir que es ésta una cuestión reincidente en la obra de Morábito. Hacemos referencia a otro de sus textos, esta vez narrativo, el libro de crónicas-relatos *También Berlín se olvida*. Aquí nos encontramos nuevamente con un YO narrador-extranjero que nos habla de la ciudad de Berlín; ciudad en donde vivió becado por un año, junto con su esposa e hijo. Este relato resulta interesante, entre otras cosas, porque en él encontramos una serie de reflexiones en torno al proceso de aprendizaje del idioma alemán, puesto que “estudiar intensivamente alemán sirvió para destrabar, por así decirlo, mis otros idiomas” (MORÁBITO, 2006: 75), y también sobre su propio proceso de escritura. Es allí

donde nos encontramos, una vez más, con la imagen del “escritor madrugador”, que nos dice:

Salí a caminar a las 5:40 am. [...] Lo hice tanto en invierno, mucho antes de que saliera el sol, a ocho o diez grados bajo cero [...]. Me producía un intenso placer caminar en medio de ese silencio, mientras la inmensa mayoría de la gente seguía metida en su cama. Ahora veo que esas caminatas eran una forma de despertar a fondo, o sea de empezar a escribir, de calentar la pluma (MORÁBITO, 2006: 71).

Por otra parte, retomemos aquí la idea del “equivoco”, la posibilidad del error al que claramente el extranjero está expuesto, bien sea por exceso o por omisión, pero siempre funcionando como una marca reconocible de ajenidad con la lengua. Los hablantes nativos nunca están equivocados, incluso hablando con menor corrección que el *otro*; en este caso el error representaría un sentido de propiedad e inmersión en la lengua, a la que el extranjero es periférico. Dice Morábito: “Y si al hablar cometo / los errores de todos, / me digo: soy de aquí, / no me ensuciaste en vano” (LB: 24). A este respecto es interesante pensar que el error del extranjero no corresponde a un desvío natural, es también un traspie intencional, una ganancia del proceso de adquisición consciente de la lengua, una evidencia de su dominio impuro. Valdría retomar aquello que Flusser dice en relación a que “*Os códigos secretos das pátrias não foram tecidos a partir de regras conscientes mas sim, e quase sempre, por hábitos inconscientes. O que caracteriza o hábito é o fato de que não se tem consciência deles [...]*” (FLUSSER, 2007: 227). Entonces, si la relación que el hablante nativo tiene con su lengua materna se sustenta y solidifica en la base de esos hábitos cotidianos, el extranjero no puede ser visto menos que como un sospechoso del atentado contra el hábito y una evidente amenaza para la identidad.

Ahora bien, si por una parte este sujeto tiene que convivir con la marginación de una lengua; la adquirida, también tiene que hacerlo con la consciencia de su des pertenencia a la otra; la abandonada, con lo cual se encontraría en lo que Morábito reconoce como la sensación de vivir “lingüísticamente en un estado precario” (MORÁBITO, 1993: 24). De esta forma cada victoria en el *español* implicaría una pérdida en el *italiano* que “después de casi veinte años”, nos dice en uno de sus poemas, “se evade de mis manos, ya no se adhiere a las paredes como antes,” y continúa:

Y yo,
que siempre vi ese vaso
lleno,
inextinguible,

plantado en mí
como un gran árbol,
como una segunda casa
en todas partes,
una certeza, un nudo
que nadie desataría
(un coto inaccesible,
un refugio),
descubro una verdad
que por demás
siempre he sabido:
el que conquista
se descuida siempre
y por la espalda y la memoria
cojean los nómadas
y los advenedizos
[...] (DLTA, 101).

Podríamos decir que estos versos resultan ilustrativos en cuanto a la relación *definitoria* que el sujeto tiene con su lengua *materna*: se trataría de algo prácticamente ancestral “como un gran árbol” que articula lo que somos más allá de nuestra consciencia. Sin embargo, este poema nos coloca en el lugar de la ruptura, del quiebre y la pérdida que ha sufrido este YO “nómada y advenedizo”, que no ha podido preservar en su memoria las ramas de su lengua, siendo que, paradójicamente, es a través de su pérdida, que ha logrado tener algún acceso a ella.

Más adelante, en el ensayo, Morábito de alguna forma explica que su asimilación del español se vio facilitada por el hecho de ser un italiano, nacido en Egipto, por lo cual siempre experimentó su italianidad “como raquítica y dudosa” (MORÁBITO, 1993: 23). Tal vez podríamos entender este italiano, que va paulatinamente desgajándose, acalambado y frágil, como una lengua de contrabando, de acuerdo con la teoría de Jaques Hassoum, que opera como la materia secreta a partir de cuya progresiva y consciente erosión se fortalecen los cimientos que sustentan el español y lo erigen como un *muro*, por el cual, dice el poeta: “[...] desciendo verso a verso como quien / recoge idioma de los

muros / y llego tan abajo a veces, tan hermoso, / que puedo permitirme, como un lujo / algún recuerdo” (ADL: 131). Por tanto, lo que impide el olvido definitivo del italiano sería la solidificación de la lengua extranjera, que le devuelve, aunque en su condición de fantasma, el recuerdo de su primera lengua.

Todo lo que se ha descrito configuraría ese espacio de precariedad lingüística que el extranjero habita y que lógicamente explica “la inseguridad” de la que Morábito habla al comienzo del ensayo. Aun así, parte fundamental de la conquista del escritor que escribe en una lengua *extranjera* radicaría, precisamente, en la posibilidad de asentarse en el centro de las desavenencias, desde donde se propone explorar alguna nueva posibilidad de sentido; una resignificación de la experiencia.

Nadie tiene tanto estilo como un extranjero

En distintos poemas de Morábito nos encontramos con el itinerario de sus tierras y sus lenguas, el poeta nos dice: “Yo nací lejos / de mi patria [...]” (LB: 19); “Yo nací en una playa / de África, mis padres / me llevaron al norte, / a una ciudad febril, / hoy vivo en las montañas” (LB: 13). Situamos, así, sus pasajes: Alejandría, Milán y México, también sus lenguas: *el árabe* “que la familia usaba / en muchas expresiones / de júbilo y de broma, / ya casi no se escucha / en nuestras sobremesas” (ADL: 22). *El italiano*: “como un músculo que se atrofia / por falta de ejercicio / o que ya tarda / en responder,” (LB: 100). El español: “Un día mi padre dijo / nos vamos / y tú eras / la meta: otra lengua” (LB: 23). Calzaría perfectamente a Morábito aquella afirmación de Flusser, quien dice: “*Eu tenho experiênciã com pátrias e com a perda dessas pátrias*” (60) y, también, para ambos, con la pérdida de las lenguas.

Toda esta dislocación geográfica y lingüística, que claramente se identifica en la escritura de Morábito, nos permite situarlo dentro de la categoría de “extraterritorialidad” propuesta por Steiner, entendida, desde el punto de vista de Pablo Gasparini,

[...] [Ya] no a través de la figura del exiliado cosmopolita sino a través de la del migrante desposeído [*lo cual*] supondrá no tan sólo otro corpus de autores sino también el análisis de un tipo de relación identitaria particular con la lengua del país anfitrión y, fundamentalmente, otra serie de connotaciones para el concepto de extraterritorialidad construido en verdad sobre la figura del extranjero políglota consciente de la valía de su diferencia cultural y lingüística (GASPARINI, 108).

Nos interesa fundamentalmente esta idea de la desposesión y la pérdida y cómo, a través de la consciencia de las mismas, este sujeto “extraterritorializado” se inserta en el seno de su propia des pertenencia, habitando y, por lo tanto, resignificando su propia experiencia de apatridad. Lo que literalmente Flusser menciona como “*habitar a casa na apatridade*”, que implicaría asumir la circunstancia de la migración y el exilio – indiscutiblemente dolorosas – en su dimensión creativa y como posibilitadores de un nuevo y definitivo arraigo; el arraigo literario.

Escritores como Morábito o Flusser, desarraigados de la patria y la lengua, encuentran en la escritura una forma de repatriación. En palabras de Rainer Guildin, y en referencia a Flusser: “[...] *trata-se de, paradoxalmente, instalar-se na apatridade, isto é, superar o desenraizamento, ao transformá-lo em uma pátria de segundo grau*” (2010: 8). Por tanto, no nos referimos al uso de escritura como un medio para, de alguna forma, reinsertarse dentro de los valores culturales o identitarios de las *patrias dejadas*. Morábito no pretende reconquistar la italianidad perdida, por ejemplo. Se trata más bien de hacer de la escritura un espacio para reencontrarse con lo perdido en su condición de perdido y, sobre todo, de habitarla como única casa posible en el extranjero. Dice el poeta: “[...] yo me arraigué a los libros / y comencé a escribir, / que es como dar por hecho / que nada es reversible,” (DLTA: 87).

Por tanto, toda experiencia de desplazamiento, voluntario o no, implica un desprendimiento y, al mismo tiempo, una liberación, de acuerdo con Flusser, siendo justamente esa libertad que gana el sujeto desarraigado la que le permite, de alguna forma, refundar estas cuestiones, rencontrarlas, en el nuevo espacio sólo que con la consciencia de su contingencia, incluso, de su funcionalidad. Apunta Edward Said que “*Ver ‘o mundo inteiro como uma terra estrangeira possibilita a originalidade da visão*” (2003: 59), lo que significaría una ganancia en cuanto a la percepción del mundo y en la vivencia de todas las experiencias que éste pueda proporcionar.

A partir de estas consideraciones podríamos asumir que ese “cierto alivio”, que Morábito reconoce como parte del escribir en una lengua *extranjera*, se corresponde con ese desprendimiento al que Flusser hace alusión. Desde el punto de vista teórico, Charles Melman afirma que “*pode-se falar uma língua estrangeira com mais facilidade do que sua própria língua*” (MELMAN, 1992: 23), siendo que “*falar uma língua estrangeira implica uma verdadeira despersonalização*” (MELMAN, 1992: 34), cuestión que resultaría claramente favorable al ejercicio literario. A este respecto, Morábito considera que “el idioma no materno no se encuentra lastrado por la voz, las órdenes y las dudas de nuestros padres, no arrastra antiguas deudas, no denota nuestros acentos más íntimos” (MORÁBITO, 1993: 23), con lo cual se devela la apertura de esta lengua para su propia reinvención.

Dando continuidad a su ensayo, Morábito introduce una propuesta fundamental, que sería el reconocimiento y la importancia del estilo como elemento articulador y pacificador de la lucha entre el escritor y esa lengua *otra* que utiliza como herramienta literaria. De cierta manera, la ansiedad del hablante/escritor que pretende, y no logra, abarcar la totalidad de la *otra* lengua, ni mucho menos superar su eventual extrañamiento frente a ésta, se apacigua con la conquista de un estilo, que según nuestro autor:

[...] [Es] producto de nuestra torpeza, de las repeticiones y aproximaciones nebulosas a las que nos obliga nuestra torpeza, y en este sentido *nadie tiene tanto "estilo" como un extranjero*, con sus deficiencias verbales a la vista. Y precisamente por esta propiedad del estilo de convertir las insuficiencias en resorte de una comunicación más intensa, por esta cualidad suya de magnificar la pobreza expresiva que todos padecemos en mayor o menor medida, aquel que proviene de otra lengua se encuentra paradójicamente más apto para una conquista estilística, para la aprehensión de una expresividad original porque su extrañamiento de la lengua, sin cierta dosis del cual el estilo no existe, es algo connatural en él (MORÁBITO, 1993: 23, *cursivas nuestras*).

Nos parece interesante la idea de la torpeza como herramienta y como factor que posibilita la configuración de un estilo. En uno de sus poemas nos encontramos con lo siguiente: “Nos mudamos un día / para ir lejos, irse / tan lejos como herirse, / salió de su aturdida / calma mi lengua torpe, / nadó de otra manera [...]” (LB, 25). Estos versos hacen referencia a la mudanza y al consecuente cambio de lengua que trajo consigo; “mi lengua torpe”, que en otros momentos también llama “mi lengua impura”, es decir, una lengua que se reconoce deficiente y que, en este sentido, nos permite pensar, por una parte, en el italiano – al que ya llamó raquítico y dudoso – y, por la otra, en el español que se fue fortaleciendo a partir de las flaquezas del primero pero que, sin embargo, sólo se perfiló, “nadó de otra manera”, resolviéndose y hallándose a sí mismo a través del ejercicio literario. Concluye Morábito diciendo que quien escribe en otra lengua genera una franca dependencia de la expresión escrita, ya que es allí en donde encuentra “la casa de su propio estilo, con la cual ha estilado su propio rostro” (MORÁBITO, 1993: 23).

En una de las entrevistas que se le han hecho al autor, asertivamente titulada “la importancia del estilo”, Morábito responde a la pregunta de por qué decidió escribir en español diciendo que encontró en esta práctica una forma de sentirse menos solo, menos extranjero después de establecido en México. Valdría la pena pensar que de allí la dependencia, la aflicción y la ganancia de escribir en una lengua extranjera que permite participar del universo de los

otros, incluso, sin pertenecer del todo. En el “Escritor en busca de su lengua”, Morábito comenta acerca del estilo del mexicano, y nos dice que:

Cuando habla o escribe el mexicano se engalana con el lenguaje y no le gusta dar pasos atrás para remendar esas descosaduras que todos cometemos al comunicarnos, así que prefiere sopesar las palabras, a costa de pecar de acartonado. Siente que su integridad personal depende en gran medida de su integridad lingüística, ocultándose detrás de las palabras que usa (1993, 23).

Nos llama la atención esta apreciación ya que nos lleva a cuestionar hasta qué punto esa pulcritud y la cierta discreción que Morábito reconoce en el *estilo* esencialmente mexicano, no es el mismo *estilo* que determina su literatura. Resulta bastante evidente que la escritura de Morábito coquetea con esta solemnidad. Un uso del lenguaje que se pretende íntegro, pulido y certero: “[...] y [que] hace silencio / con [sus] versos pero / son versos que hablan del ruido” (DLTA, 62), y que lo disimula, mientras lo muestra, en el esfuerzo por escribir del tal forma que nadie lo vea.

Para Octavio Paz, la noción de estilo está directamente vinculada a un período histórico, es decir, no pertenece al poeta sino a su tiempo (18). En ese caso, el estilo de nuestro autor más que condicionado a una circunstancia histórica, lo estaría por una circunstancia cultural en medio de la cual, cotidianamente, se siente en minusvalía, haciendo de la escritura un medio para equilibrarse y, en ella, “estila su rostro” porque “[...] quien habla mejor / es quien lastima más / el que mejor se esconde” (LB: 26).

Notas sobre la traducción

No podríamos dejar de mencionar, así sea someramente, el peso y la importancia constitutiva que tiene la traducción dentro del universo literario de nuestro autor. Durante un período, Morábito se dedicó a la intensiva traducción de importantes escritores italianos, entre ellos Cesare Pavese y Eugenio Montale, siendo el principal traductor al español de éste último y responsable de la edición de su poesía completa, publicada por la conocida editorial Galaxia Gutenberg, con lo cual, la traducción además de ser una astucia, es realmente un oficio y, como tal, otro blanco de sus discusiones.

Enfoquemos la cuestión de la traducción desde la perspectiva de Benjamin, es decir, entendiéndola como la tarea o responsabilidad que el traductor tiene de restituir un sentido que fue *dado*. De acuerdo con la lectura que Derrida propone sobre el texto de Benjamin “La tarea del traductor”, se afirma que: “*O tradutor é endividado, ele se apresenta como tradutor na situação da dívida*

[...]” (DERRIDA, 2006: 27). Nos resulta ilustrativa esta idea de que quien asume la labor de traducir asume consigo una deuda a ser saldada para pensar el caso de Morábito, quien abiertamente ha declarado que, de alguna manera, el ejercicio de traducción de los poetas italianos fue producto de “[...] la necesidad de pagar algún tributo antes de asumir mi segundo idioma como aquel en el que habría de expresarme” (MORÁBITO, 1993: 23). Podríamos entender entonces la traducción en una doble vertiente, por un lado como acción que restituye al texto un sentido abarcador, permitiendo una inmersión en el universo de la lengua y en lo que ella representa, pero al mismo tiempo, significaría también el acto de su abandono, su renuncia: “Conforme traducía la poesía de mi lengua al nuevo idioma que me rodeaba, recuperaba mi lengua de un modo más maduro y consciente y al mismo tiempo me despedía de ella” (MORÁBITO, 1993, 23).

Conjuntamente, otro de los problemas vinculados con la traducción sobre el que Morábito se pronuncia, sería la relatividad de los términos “copia” y “original”. En otro de sus ensayos, titulado “Poesía y Traducción I: olvidar el original (2010)”, inicia diciendo que “traducir, en cierto modo, es trazar un círculo perfecto, entregando en un idioma el equivalente exacto de un concepto perteneciente a otro” (MORÁBITO, 2010: 1). Sin embargo, el resultado no sería una mera copia de un círculo “original”, porque dar con éste implicaría una cadena al infinito en la búsqueda de ese referente primero. La traducción, tal como Morábito la entiende, renuncia a la fidelidad, la asume y la entiende imposible. Se trataría, en su lugar, de un acto de inspiración, en el cual ocurre, quizás, algo como una momentánea pérdida de la consciencia que implicaría un relativo olvido de aquello que se traduce, “el suficiente para que la traducción parezca fruto de un recuerdo más que de un cotejo, o sea un descubrimiento más que una reproducción” (MORÁBITO, 2010: 2). Por tanto, la eficacia de una traducción, su veracidad, radicaría más que en la exactitud, pues en el grado de arrebatado, en el alcance de la violenta sacudida – en palabras de Benjamín – que el traductor le permite a la lengua extranjera y en la experiencia de asumir su *tarea* como un posible “recomienzo”.

Ahora bien, desde el punto de vista de Benjamin, podríamos pensar que ese estado de “trance” que mueve la mano del traductor que pretende “encontrar en la lengua que se traduce una actitud que pueda despertar en dicha lengua un eco del original [...]” (BENJAMIN, 1967:83) – o lo que Morábito llamaría, un recuerdo – devela el verdadero fundamento de su función, de su anhelo: “[...] la integración de las muchas lenguas en un sola lengua verdadera [...]” (BENJAMIN, 1967: 83), lo que sería realmente lo que inspira y conduce su *tarea*.

Tal cuestión nos remite nuevamente, y a modo de conclusión, al ensayo “El escritor en busca de una lengua”, en donde el autor finaliza afirmando que el bilingüismo no representa ninguna ventaja artística; ser bilingüe sería una

condición, pero nunca un estado de inspiración. Para él, “la inspiración sería el estado más profundo del monolingüismo” (MORÁBITO, 1993: 24). Nos preguntamos, entonces, no sería éste también el estado más puro y propicio para el traductor; su búsqueda incansable.

Referencias bibliográficas

- BENJAMIN, Walter. *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1967.
- DERRIDA Jacques. *Torres de Babel*. Belo Horizonte: UFMG, 2006.
- DOCUMENTO recuperado. Disponible em: <<http://www.babab.com/no14/morabito.htm>>.
- FLUSSER, Vilém. *Bodenlos. Una autobiografía filosófica*. São Paulo: Anna Blume, 2007.
- _____. *Língua e realidade*. São Paulo: Anna Blume, 1963.
- GASPARINI, Pablo. La extraterritorialidad del pobre. In: HOCHMAN, Nicolas (ed.-org.). *Pensar el afuera*. Mar de Plata: Kakak Ediciones, 2010.
- GUILDIM, Rainer. *Pensar entre línguas. A teoria da tradução de Vilém Flusser*. São Paulo: Anna Blume, 2010.
- HASSOUM, Jacques. *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la flor, 1996.
- MELMAN, Charles. *Imigrantes. Incidências subjetivas das mudanças de língua e país*. São Paulo: Escuta, 1992.
- MOCTEZUMA QUSITIAN, Ollin Tecandí. La importancia del estilo. Entrevista a Fabio Morábito. *Biblioteca Babab*, n. 14, mayo 2002.
- MOLLOY Sylvia; SISKIND, Mariano. *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2006.
- MORÁBITO, Fabio. El escritor en busca de una lengua. *Vuelta*, n. 125. México, 1993.
- _____. *La ola que regresa*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- _____. Poesía y traducción I, olvidar el original. *Periódico de Poesía*, n. 38. México: UNAM, 2010. Disponible em: <<http://www.periodicodepoesia.unam.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=1591&Itemid=130>>.
- SAID, Edward. *Reflexões sobre o exílio e outros ensaios*. São Paulo: Companhia das Letras, 2003.
- STEINER, George. *Después de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- _____. *Extraterritorial. A literatura e a revolução da linguagem*. São Paulo: Companhia das letras, 1990.